

HISTORIAS DE LA TIERRA INCONTABLE

├ capítulo de muestra ┤

NANAILIAWYNN

(La búsqueda del unicornio)



┌ capítulo de muestra ─

Autor: Házael González
Ilustraciones: Raúl Cáceres
Diseño: Jordi López

© Ediciones Incontables, diciembre de 2023

NANAILIAWYNN

(La búsqueda del unicornio)





ntes de llegar al puerto de Karelyon, mucho antes de poder contemplar los primeros árboles del Bosque Naranja o las brillantes costas del Mar Blanco, se encuentran las Montañas del Amanecer, que algunos creen una de las cordilleras más altas de toda la Tierra Incontable. Y en el más hermoso de sus valles, aquel que muchas razas conocen con el nombre de Selenorem, es donde se halla el territorio en el que habitan los unicornios, amables y bondadosas criaturas que viven en armonía unos con otros. Son todos ellos de vivos colores, exceptuando desde luego

a su rey Antirion, que como muchas casas reales exhibe orgulloso su color negro azabache... aunque de todas maneras, tampoco sea exacto decir que los unicornios estén gobernados por nadie, ya que ese cargo real es más bien una especie de tradición, una distinción, o en definitiva, un símbolo.

Pues a ese valle fue a donde una vez, hace ya un cierto tiempo, arribó en su burbuja de cristal un estón despistado y empujado por el viento, el cual por accidente hizo desaparecer un enorme fragmento de la Montaña del Grito, que a partir de entonces ha mostrado una apariencia más que curiosa. Pero no fue eso lo peor, ya que de uno de los agujeros producidos por el contacto del estón, empezó a brotar lentamente una espesa sustancia negra, muy parecida al cristal fundido y que sepultaba todo lo que tocaba a su paso. Y no parecía que tuviese intención de detenerse, por lo que resultaba más que probable que, si nada o nadie lo impedía, el Valle de los Unicornios llegaría pronto a quedar inundado por aquello. Así que para tratar de encontrar una solución, el monarca Antirion decidió convocar un consejo de inmediato.

—¡Esto no puede seguir así! —cabeceaba con profundo disgusto uno de los unicornios más ancianos—. Dentro de poco estaremos invadidos por esta pasta oscura, y eso no puede ser. ¡Tenemos que encontrar una solución a este problema!

—Se podría intentar tapan el agujero —se atrevió a decir uno de los más jóvenes—.

—¿Y de qué serviría eso? —le objetó el rey—. Primero habría que deshacerse de toda esta cosa.

—No —le replicó a su vez el joven—, yo creo que lo primero sería tapan el agujero...

Como es fácil imaginar, la discusión sobre el tema comenzó a prolongarse de forma indefinida, ya que como bien saben quienes les conocen, no hay cosa que más les guste a los unicornios que hablar y hablar sobre cualquier cuestión... sin llegar nunca, eso sí, a ninguna clase de violencia, pero muchas veces sin llegar tampoco a ninguna conclusión razonable.

Mientras todo esto sucedía, un joven unicornio que permanecía un poco apartado del grupo que discutía sobre el asunto de los agujeros y que llevaba ya mucho queriendo conocer lo que había más allá de aquel valle que le había visto nacer, tomó la repentina decisión de ir en busca de un humano que fuese capaz de solucionar el problema. El hecho de que creyese que tal criatura podía ser el remedio perfecto para aquella situación se debía a que en toda su corta vida, y exceptuando al estón, sólo había visto una vez a un único ser distinto de todos los que allí habitaban, y ese ser había sido un humano que había pasado por el valle con cara de estar absolutamente perdido. Aquel unicornio estaba bien seguro de que el estón no iba a ser de mucha ayuda, y también de que sus compañeros no iban a poder llegar a un acuerdo de forma rápida y efectiva, así que, sin detenerse a pensarlo más, decidió trepar por el sendero que conducía hacia más allá de la Montaña del Grito rodeándola por el Oeste, y partir en busca de lo que él consideraba que podía ser una ayuda útil de verdad. Y es que, cuando estuvo en lo alto del sendero, pudo ver desde allí cómo la mancha negra iba extendiéndose cada vez más por la pared de la roca, mientras los demás unicornios seguían discutiendo el asunto.

El unicornio, que se llamaba Antaleon, no pensaba en sí mismo como un héroe ni nada parecido, porque sencillamente era un jovenzuelo despreocupado y con muy poca experiencia que apenas se servía de su cuerno para nada más que hacer brotar fuentes o atrapar las hojas de los árboles, y que tenía muchas ganas de ayudar a los suyos y también de ir a ver el mundo que había más allá de lo que él conocía. Por eso, cuando cruzó por fin la cresta del valle y pudo mirar más allá de todo lo que había conocido hasta ese momento, se dijo a sí mismo que aquello era lo más hermoso que hubiese visto jamás: espesos bosques de retorcidos y verdes árboles se perdían en la lejanía, salpicados de montañas abruptas en algunos lugares y más amables en otros por entre las cuales descendía un río embravecido y de color ocre. La vista se perdía más allá del abierto valle, y Antaleon decidió caminar siguiendo el borde de la pared de roca bajo la que rugía aquella agua ruidosa, pero cuando apenas había dado unos cuantos pasos, se encontró cara a cara con un sifonte:

—¿Sí? —los sifontes, que tienen un aspecto parecido al de una nuez con ojos y son de un tamaño bastante considerable, siempre hablan preguntando, ya que por naturaleza son muy curiosos—.

—¿Sí, qué? —le contestó el unicornio, un poco sorprendido—.

—¿Quieres algo, sí, sí, sí?

—Bueno... Estoy buscando a un humano.

—¿Sí? —Antaleon nunca había visto antes un sifonte ni sabía cómo actuaban, así que empezó a impacientarse ante aquella criatura que a él le parecía bastante rara—.

—¡Sí! ¿Conoces a alguno?

—¿Sí?

—Oh, déjalo... —comenzó a caminar otra vez, con gesto de desgana—.

—¿Buscas a un humano, sí, sí, sí? ¿Conozco a alguno, sí, sí, sí?

—¿Sí?

—Quizás...

El pobre Antaleon no sabía qué hacer, si seguir su camino y probar otra cosa, o seguirle la corriente al sifonte. Y al menos por el momento, decidió lo segundo.

—Bien, entonces quizás puedas decirme qué camino tengo que seguir para encontrarlo.

—Quizás. ¿No sigues el camino correcto?

—No lo sé —suspiró, a punto de perder la paciencia—.

—¿No lo sabes, no, no, no?

—¡Sí, sí lo sé, y adiós!

—¿Entonces, para qué preguntas?

Ignorando al sifonte y esforzándose por no enfadarse más todavía, Antaleon continuó caminando por el borde del desfiladero, siempre acompañado por el rumor del río que se divisaba más abajo. Pronto se dio cuenta de que el camino estaba descendiendo, y no tardó en llegar a la parte más profunda del valle, donde el río se precipitaba en un gran agujero del que no se veía el fondo. El unicornio decidió ascender entonces a través del bosque para atravesar las montañas que nuevamente le cerraban el paso, y no se detuvo hasta que llegó a la cumbre, desde la que se divisaba un panorama muy similar al que había dejado tras él. Y como el Sol ya había descendido bastante, decidió descansar bajo un hermoso castaño y pasar allí la noche, ya que nada indicaba que el lugar pudiese resultar peligroso para él.

Al alba, con los primeros rayos del Sol, un escarabajo que caminaba por el lugar se subió al lomo de Antaleon, y desde allí atravesó sus crines y se encaramó sobre su morro, haciéndole unas suaves cosquillas que le hicieron despertar. Abrió los ojos con lentitud, y se quedó bastante sorprendido de ver a aquella criatura en semejante lugar.

—¿Sí? —dijo entonces el escarabajo—.

—¡Oh, no, otra vez no! —contestó, en tono de profundo disgusto—.

—Ay, perdón... Llevo demasiado tiempo tratando con los sifontes, discúlpame. Quería decir, ¿quién eres, y qué haces aquí?

—Me llamo Antaleon, soy un unicornio... y estoy buscando a un humano.

—¿Un humano? ¿Qué es eso?

—Pues... —por primera vez, Antaleon se dio cuenta de que no sabía demasiadas cosas acerca de la criatura a la que estaba buscando, por lo que la definió de una manera bastante imprecisa—. Es una criatura que camina erguida sobre dos patas.

—¿De verdad? ¡Qué cosa tan inútil! ¿Estás seguro de que existe algo así?

—Sí, yo sí... pero por lo que veo, tú no puedes ayudarme.

—No, lo siento mucho.

—No importa. Algo en mi interior me dice que estoy caminando en la dirección correcta, así que seguiré adelante hasta que le encuentre.

—Pues entonces, te deseo suerte, amigo —y de un salto, el escarabajo se perdió entre las hojas secas, y continuó con sus variados y múltiples quehaceres—.

Después de desperezarse y de mordisquear unos tiernos brotes de los arbustos cercanos, Antaleon continuó caminando por la cresta de una de las sierras más bajas de las Montañas del Amanecer, contemplando cómo se abrían desde allí innumerables valles en distintas direcciones. Caminó durante muchas jornadas sin que el paisaje variase lo más mínimo, deteniéndose únicamente para descansar o comer algo, y continuó caminando siempre por las partes más altas de las montañas... hasta que una mañana, desde una de las cumbres, divisó un enorme desierto de arena escarlata que se extendía ante sus ojos y llegaba hasta más allá del horizonte. Él no lo sabía, pero había llegado a los confines del Sur del Desierto Rosado, y por primera vez desde que hubiese iniciado su andadura,

tuvo la impresión de que realmente no sabía qué hacer, porque desde allí arriba, todo lo que alcanzaban a ver sus ojos era arena rosada, fina como la sal y seguro que muy caliente... Se quedó pensando durante un buen rato, hasta que al fin decidió que podía ser una buena idea intentar usar su cuerno para procurarse unas pezuñas más resistentes. Al cabo de unos cuantos intentos, lo único que había conseguido era convertirlas en negro basalto, pero como el material parecía adaptarse bien al calor, decidió descender por las rocas para adentrarse en las infinitas arenas.



Caminó por el Desierto Rosado durante mucho tiempo, viendo pasar en la lejanía enormes tornados de arena y nubes de color amarillo de las que caía una fina lluvia verde, y allí donde caía una gota, crecía de inmediato una flor roja que duraba en pie apenas un instante antes de consumirse por completo y convertirse de nuevo en arena. Caminando y caminando a través de aquel mundo sin fin, Antaleon acabó por llegar ante una extraña construcción, que estaba hecha con la misma arena escarlata y se deshacía por un lado al tiempo que iba siendo reconstruida por otro gracias al soplo del viento. El unicornio sintió el impulso de entrar en aquel lugar, y sin pararse a pensarlo, cruzó el arco más grande de todos los que formaban el edificio, encontrándose en el interior con una única sala en el centro de la cual había un trono tapizado de rojo donde estaba sentada una enorme rosa de color verde esmeralda, que mostraba un rostro resplandeciente en el centro de su corola y cuyo negro y delgado tallo se perdía entre las arenas rosadas del suelo. Él no dijo nada, pero ella se dirigió a él con voz autoritaria:

—¿Quién turba el reposo de la Dueña Floral?

—Perdón —se disculpó él, tímidamente—. Sólo entré porque... lo sentí. Supongo que quería saber qué podía ser esto.

—Esto es el Palacio de la Dueña Floral, desde donde yo controlo las lluvias y hago crecer a mis hijas en las arenas del desierto... aunque desgraciadamente perezcan poco después de nacer.

—Yo... sólo estoy de paso. En realidad, estoy buscando a un humano.

—¿A cuál? Conozco a unos cuantos.

—¿A unos cuantos? —el inocente unicornio titubeó—. ¿Es que hay muchos?

—Bueno, un poco más allá de la playa en la que habita la Criatura Marina hay varios de ellos.

—¿Y cómo puedo llegar hasta allí?

—Caminando. Si continúas en esta misma dirección, llegarás justo allí donde deseas.

—Entonces, gracias —inclinó la cabeza y se dio la vuelta, dispuesto a marcharse—.

—¡Espera! Has de saber, joven unicornio, que los humanos no son gente de fiar. Debes ir con cuidado.

—¿No son gente de fiar? —Antaleon se extrañó de verdad, ya que tenía muy buen concepto de aquel único humano que había conocido en su vida—.

—No, no lo son... pero es igual: si así lo sientes y así lo has decidido, entonces debes ir en su busca, y tal vez te ayuden. Por mi parte, lo único que puedo hacer por ti es enviar al Oeste la tormenta que tenía prevista en el Este para que te acompañe, y así tendrás un camino más húmedo y fresco.

—Pues un millar de gracias por todo.

—¿Sólo un millar? ¡Qué ingrato! —protestó ella, torciendo el gesto—.

—Lo siento —se disculpó él a su vez, sin estar muy seguro de qué poder decirle—. ¿Cuántas queréis, entonces?

—En fin, me conformaré con el millar... ¡Pero vete, vete, o no alcanzarás a la tormenta!

Antaleon partió del Palacio de la Dueña Floral con paso decidido. Por una parte estaba contento y animado, pero las palabras de la flor le habían dejado tan confundido que quería llegar lo más pronto posible hasta donde vivían los humanos, y para eso tenía que correr más aún de lo que lo había hecho hasta entonces. Trotó y trotó, envuelto entre ráfagas de lluvia verde y huracanes de color magenta que le empapaban las crines y le refrescaban, permitiéndole así avanzar más deprisa, hasta que, mucho después y de manera repentina, volvió a lucir el Sol en el cielo. Fue entonces cuando vio que la arena que había bajo sus pezuñas se había vuelto de un hermoso color azul oscuro, al mismo tiempo que un penetrante olor salado y ligeramente familiar le inundaba el hocico.

Había llegado a la playa. Eufórico y sudoroso, no pudo esperar y se metió en el agua blanca, que fue volviéndose verde a medida que iba entrando en ella. Chapoteó y chapoteó hasta recuperar su color original, empapándose y relinchando de felicidad... hasta que se dio cuenta de que no estaba solo. Junto a él, sonriendo con infinita dulzura y mojando sus negros cabellos en aquella agua blanca como la nieve de las montañas, había una criatura que parecía una hembra humana, pero que indudablemente era algo más: estaba desnuda, su cuerpo era transparente como el cristal, y en su interior brillaba un estrecho arcoíris que nacía en su nuca, atravesaba su pecho y su vientre, y finalizaba más abajo de la cintura, tal vez en su pie derecho. Antaleon ya se había habituado a conocer a todo tipo de seres durante aquel viaje, así que se limitó a sonreírle, sin sorprenderse demasiado.

—La Criatura Marina, supongo.

—Así es —le contestó ella, con una voz tan musical como el agua en la que estaba tumbada—. La Criatura Marina, Marina del Mar, o como quieras llamarme. ¿Puedo preguntarte qué hace un unicornio tan lejos de Selenorem?

—¿Selenorem? ¿Qué es eso?

—El Valle de los Unicornios, o al menos, el nombre que algunos usan para nombrar a ese lugar. Porque supongo que vienes de allí, ¿no es así?

—Vengo de un valle en el que hay muchos unicornios, pero no sé si se llama así. En todo caso, estoy aquí porque busco a un humano.

—¿Y para qué lo buscas? —le preguntó ella, que fue la primera de todas las criaturas con las que se había cruzado en interesarse por sus motivos—.

—Un estón ha hecho un enorme agujero en la Montaña del Grito, y de allí brota una masa viscosa que lo está cubriendo todo de negro. Busco a un humano, para que él venga a solucionarlo.

—Vaya... Pues permíteme que te diga que no sé si un humano será capaz de ayudarte con algo como eso. De todos modos, si lo que buscas son humanos, no tienes más que seguir esta costa hacia el Norte, y no tardarás demasiado en llegar hasta una colonia de ellos.

—Sí, ya me lo habían dicho, pero gracias —se dio la vuelta lleno de ánimos, convencido de su meta y sin que las palabras de la Criatura pudiesen disuadirle o hacerle pensar de forma diferente—. ¿Volveré a verte?

—Todo es posible... De momento, te deseo suerte en tu búsqueda, unicornio.

Y sin más palabras, la Criatura Marina se sumergió, y comenzó a nadar con despreocupación hacia el horizonte. Antaleon la siguió con la vista durante un momento, y luego se dirigió de nuevo a la arena para emprender el camino que le habían indicado.

Recorrió aquella costa durante varias jornadas más, una orilla escarpada en algunos lugares y más suave en otros, pero siempre poblada de árboles y arbustos que ofrecían hermosos lugares para descansar y también para alimentarse sin problemas. Sin perder nunca de vista el Mar Blanco, y a pesar de todo sin dudar ni un momento del objetivo de su búsqueda, el unicornio caminó y caminó, hasta que al filo de un atardecer llegó a una playa cuya arena era de color amarillo. Le pareció tan raro encontrar arenas de ese color que no pudo evitar un gesto de desagrado cuando la pisó, pero

pronto olvidó todas esas cosas sin importancia, porque se dio cuenta de que un poco más allá había unas extrañas construcciones rectangulares con techos de piedra agrupadas unas junto a otras en aparente desorden. Imaginando que probablemente eran lugares en los que habitaban los humanos, se dirigió hacia ellas con decisión.

No tardó en alcanzar la primera, y en cuanto llegó junto a ella, se asomó por una de las aberturas más grandes que había en el muro, encontrándose cara a cara justo con lo que buscaba, ya que sentado a una mesa, y mientras bebía de una jarra, un humano le miraba con expresión de gran sorpresa en su cara. Antaleon se dirigió a él con toda naturalidad:

—Saludos, humano. ¿Podrías...?

Sin embargo, lo único que obtuvo por respuesta fue un chorro de líquido rojo que olía a uvas podridas y que aquel humano le había escupido en plena cara. Antaleon se quedó bastante sorprendido, y estaba pensando si sería una especie de saludo amistoso, cuando vio que el humano se levantaba con rapidez y echaba a correr como si lo persiguiesen. Suponiendo que esa era también una costumbre entre aquellas criaturas a las que a fin de cuentas conocía tan poco, el unicornio se limitó a seguirle con tranquilidad, constatando que por allí había más humanos y que todos le miraban con extrañeza, e incluso algunos de ellos gritaban como si tuviesen miedo de él.

De esa manera, y caminando por la ancha y empedrada calle que ascendía entre las casas, no tardó en llegar hasta una plaza más amplia en la que había muchos más humanos vendiendo pescados metidos en cajas, en el centro de la cual había una especie de trono tapizado de negro donde estaba sentada una figura bastante ridícula. A sus pies, temblando y con gestos nerviosos, estaba el humano que le había arrojado aquel líquido a la cara, y Antaleon pensó que aquel personaje debía ser un rey o algo parecido, así que se dirigió a él con la misma naturalidad que había mostrado con el primero al que le había hablado:

—Saludos, majestad. Yo... —un murmullo de asustadas y asombradas voces se alzó de inmediato, impidiéndole continuar—.

—¡Por mi barba! ¡Entonces es verdad que hablas! —el sorprendido humano se encogió sobre sí mismo en el trono, con aspecto de estar bastante asustado—.

—¡Claro que hablo! —se defendió él, un tanto enfadado—. ¿Acaso no habláis vos?

—Bien, pero yo...

—Déjalo, hijo, déjalo... Estos humanos se creen que son el centro de Nayrda, pero en verdad no son más que lo que no saben.

Una criatura la mitad de alta que un humano, completamente cubierta de pelo negro por la punta del cual expulsaba humo sin parar, se acercó hasta él. De entre los amplios y gruesos cabellos sobresalían dos largos brazos y dos pies, y entre la maraña brillaban también dos ojos encendidos como carbones que despedían destellos amistosos. Aquella criatura era un morsco, pero Antaleon no lo sabía, porque nunca había visto ninguno.

—¿Y... quién sois vos, entonces?

—Me llaman S'hi-en, y soy un morsco ya bastante anciano. Tu raza y la mía han cruzado sus caminos alguna vez, pero la verdad es que hacía ya mucho tiempo que no veía a uno de tu especie... No te extrañe que estos humanos te tengan miedo. A fin de cuentas, son criaturas bastante torpes...

—¡No es eso, S'hi-en, maldita sea! —protestó el humano sentado en el trono, ya algo más tranquilo—. ¡Comprenderás que nos extrañe oír hablar a un caballo!

—¿Qué es un caballo? —preguntó entonces Antaleon—.

—No les hagas caso, hijo —el morsco suspiró, agitando una de sus manos en un gesto de quitar importancia al asunto—. Veo que hay rastros de lluvia verde en tus crines... Has atravesado el Desierto Rosado, ¿verdad?

—Así es.

—¿Por qué razón? Es un viaje muy largo...

El unicornio relató entonces y en voz alta el motivo de su viaje, que todos los presentes escucharon con caras de verdadero asombro. La mayoría de los habitantes humanos de aquel puerto nunca habían viajado demasiado lejos, y para ellos la idea de aventurarse por regiones desconocidas sin saber qué podrían encontrarse en el camino guiados por una intuición les parecía una absoluta locura... aunque sin embargo, el morsco sacudía sus cabellos mientras Antaleon hablaba, dando muestras de comprender perfectamente lo que decía.

—Sí, habría que hacer algo con esos condenados estones, se lo comen todo... En fin, jovencito, te aseguro que no sé qué decirte. Como puedes ver, los humanos no son precisamente los más indicados para ayudarte con tu problema...

—¡S'hi-en! —protestó de nuevo el humano gordo—.

—¿Qué sucede? ¿Vas a decirme acaso que alguno de vosotros conoce el remedio para un problema como ese?

Los murmullos confusos y las extrañas historias que empezaron a contarse dejaron bien claro que el morsco tenía razón. Porque ninguno de aquellos humanos tenía una solución válida para el problema del unicornio.



—Ya lo ves, hijo —S’hi-en dejó escapar una nube de humo por la punta de sus largos cabellos, que sonó como un suspiro—. Lamentamos no poder ayudarte, pero tendrás que buscar otra solución.

—Sí, ya lo veo... Gracias, a todos, de verdad.

En su gesto apesadumbrado y cabizbajo era donde se notaba que Antaleon estaba triste de verdad. Acababa de perder la fe en los humanos, que eran la única solución que él conocía, así que no le quedaba nada más que deshacer el camino andado y volverse a su valle, o a lo que quedase de él. Después de todo, quizás los demás unicornios hubiesen sido capaces de detener la mancha negra, o tal vez el asunto se hubiese solucionado por sí solo... pero el caso es que él sentía que ya no podía hacer nada más de lo que había hecho ya, por lo que se dio la vuelta y comenzó a caminar de nuevo, sin mirar atrás ni una sola vez.

De manera lenta pero inexorable, desanduvo su camino desde los asentamientos humanos, recorriendo de nuevo las costas del Mar Blanco y deteniéndose nada más que para comer o dormir. Pasó junto a la Playa Azul, pero estaba tan abatido que ni siquiera se dio cuenta de que, desde lo alto de un acantilado, la Criatura Marina le saludaba con la mano. Ella estaba charlando tranquilamente con una mariposa, a la cual acababa de contarle precisamente la historia de Antaleon:

—Vaya, por el aspecto que tiene parece que no ha encontrado solución para su problema... pero ya se lo dije.

—¿Ese es el unicornio, entonces?

—Sí, así es. Ojalá pudiese ayudarle, pero no sé cómo.

—Yo tampoco...

Quien no lo sabía de ninguna de las maneras era el pobre Antaleon, que apenas se dio cuenta de que entraba de nuevo en el Desierto Rosado y que las nubes le envolvían otra vez para protegerle con su lluvia verde, ni de que de pronto sus cascos pisaban de nuevo las Montañas del Amanecer, los interminables bosques y los extraños y ocultos valles, el camino junto al río que ya había recorrido en el que aún estaba el sifonte con el que había charlado antes...

—¿Sí? —le preguntó el sifonte—.

—¡No! —le respondió el unicornio—.

—Vaya...

Una vez allí, ya no tardó demasiado en llegar hasta el lugar desde el que había partido y se divisaba todo el Valle de los Unicornios, junto a la Montaña del Grito... y para su desgracia, Antaleon comprobó que el espectáculo era horrible: la mancha negra se había extendido a lo largo de casi todo el terreno, puesto que aquella sustancia tan viscosa no había dejado de manar del agujero de la montaña durante todo el tiempo que él había estado fuera, mientras los unicornios seguían reunidos en lo alto de una roca, deliberando acerca de lo que convenía hacer o lo que no. Entristecido, descendió por el camino con lentitud sin que los demás reparasen siquiera en su presencia, siempre mirando a la mancha y sintiéndose pequeño e inútil, sin saber qué sería lo que podría hacer...

Pero de pronto, todo el suelo empezó a temblar, con unos golpes sordos y penetrantes, y antes de que ninguno de los unicornios de Selenorem pudiese reaccionar, apareció en el valle una gigantesca criatura, alta como una montaña y de un profundo color blanco, que se tambaleaba y caminaba sin demasiada seguridad. La primera reacción de quienes la vieron fue asustarse, pero Antaleon no lo hizo, y con mucha tranquilidad, formuló un sencillo hechizo que le hizo elevarse en el aire, hasta llegar a quedar frente al rostro de la gigantesca criatura.

—Sé bienvenida a mi casa, Criatura Marina. Se te ve más grande que antes.

—Sí, lo sé —su voz sonó tan acuosa y profunda como el mismo océano—. He venido para intentar ayudarte.

—Te lo agradezco mucho, porque mi idea no ha servido de nada.

Ella le sonrió con dulzura y se agachó frente a él, formando un cuenco con sus blancas manos con el que empezó a recoger y empujar la espesa pasta negra. Y entonces, aquella sustancia se convulsionó como si las manos de la Criatura Marina estuviesen ardiendo, y de una forma sorprendente, empezó a retroceder de nuevo hacia la montaña, ya que de las cristalinas manos empezó a brotar un poderoso chorro de agua, produciendo un sonido tan ensordecedor como el de una cascada y que envolvió a la pasta y la hizo retroceder aún más, al mismo tiempo que Marina del Mar iba reduciendo poco a poco su tamaño. Antaleon, aún suspendido en el aire, la miraba sin saber qué hacer, y ella chilló por encima del ruido para hacerse oír:

—¡Antaleon, esto es una corriente muy poderosa, no puedo sellarla sin más! ¡Tiene que fluir por otro lugar, pero no sé cuál!

El unicornio comprendió de inmediato que tenía que rodear la montaña para poder averiguar si aquella cosa había tenido antes otra salida diferente, así que sin deshacer el hechizo y dirigiéndole

a la Criatura Marina una mirada de aprobación, flotó en el aire y se dejó llevar hasta que el viento le empujó hacia la otra cara de la Montaña del Grito, un lugar que ningún unicornio había explorado antes.

Desde el aire, Antaleon se llevó una enorme sorpresa, porque a sus pies se extendía un valle que parecía estar hecho de cristal negro, desde las paredes de las montañas hasta los habitantes y las plantas y animales, y se dio cuenta de que aquella materia era obsidiana, la roca volcánica con aspecto de cristal que allí había fluido de una forma caprichosa y bastante peculiar. El flotante viajero descendió hasta ponerse a la altura de una criatura brillante y facetada que estaba hecha de ese mismo material, y que se le quedó mirando con curiosidad. El unicornio le habló con su delicadeza habitual, pero también con urgencia:

—Mis respetos. Vengo a proponeros un trato, y no tenemos demasiado tiempo.

—¿Trato? —aquel ser tenía una voz tan grave y oscura como su propio cuerpo—. ¿Y de qué se trata el trato?

—Me parece que os interesaría un río negro, hecho de pasta negra y que lo tiñe todo de negro, ¿no es así?

—¿Interesarnos? —el obsidiano se agitó, visiblemente molesto—. ¡Lo necesitamos! Antes había aquí un río negro, hecho de pasta negra y que lo teñía todo de negro, pero ahora ya no está. Si estuviese, no estaríamos tan tristes.

—No os preocupéis. Os prometo que pronto volveréis a tener vuestro río.

Antaleon se elevó y dejó que el viento le llevase de nuevo hasta su valle, y cuando llegó allí, vio que la Criatura Marina había conseguido volver a meter todo aquel magma negro en el interior de la montaña, donde lo sujetaba con la única ayuda de una fina pared de agua... pero también había vuelto a su tamaño normal, y parecía que no iba a poder aguantar mucho más en aquella posición. El unicornio se puso entonces junto a ella, y con toda la fuerza de su cuerno empujó la masa viscosa hacia delante, ayudado por la Criatura Marina que pareció comprender al momento sus intenciones... hasta que por fin, con un crujido, la pasta negra atravesó el corazón de la montaña y empezó a derramarse por el que antes había sido su cauce natural, inundando de nuevo el valle de obsidiana. Con un último esfuerzo, Antaleon selló la pared de roca con su cuerno y se dejó caer junto a Marina del Mar, los dos jadeando contentos, satisfechos por haberlo conseguido.

Una doble ovación les confirmó que su éxito había sido completo: por un lado, el lejano grito de los obsidianos, que estaban muy felices de haber recuperado su río negro, y por el otro, el más cercano de los unicornios, todavía más contentos de habérselo quitado de encima. No tardaron en rodear a Antaleon y a la Criatura Marina llenándoles de agradecimientos, los cuales apenas podían hacer otra cosa que inclinar la cabeza a un lado y a otro sin acabar de creérselo del todo. Fue entonces cuando Antirion, el Unicornio Rey, se dirigió hacia ellos con un gesto de profunda satisfacción en su rostro:

—En verdad, amigos, hemos de brindarles un homenaje a estos atrevidos compañeros que nos han librado de una molestia tan desagradable.

—Yo creo, sin embargo —objetó otro—, que primero deberíamos celebrar una fiesta.

—En absoluto —añadió un tercero—. Yo apruebo las palabras del Rey: primero, un homenaje...

Cuando pasadas unas cuantas jornadas, los unicornios habían decidido por fin que lo mejor sería hacer una fiesta en homenaje a ambos, Antaleon y la Criatura Marina hacía ya mucho que no estaban en el valle. El unicornio había decidido acompañar a su nueva amiga hasta la Playa Azul, para descansar allí de sus últimos viajes tan accidentados. Y así estaban, los dos tumbados sobre la arena, ella sujetando la cabeza de él, entreteniéndose en teñir sus crines con los colores del arco iris:

—Así que aumentaste el tamaño de tu cuerpo y te bebiste toda esa agua para poder ayudarme...

—Sí, así es. Fue idea de una mariposa amiga mía, que no soportaba la idea de que un unicornio tan hermoso como tú estuviese tan triste.

—Marina del Mar...

—¿Sí?

—Creo que te quiero.

Y con una sonrisa, ella siguió tiñendo las crines del unicornio, mientras el Sol anaranjado iba sumergiéndose en la blanca masa que se perdía más allá del horizonte.